



PELÍCULAS DEL DUELO

Adriana González Mateos*

Recepción: 4 de junio de 2008
Aceptación: 16 de junio de 2008

* Doctora en Literatura Comparada por la Universidad de Nueva York. Ha recibido durante su trayectoria diversos galardones como el Premio Nacional de Literatura Gilberto Owen; el Premio Nacional de Ensayo Literario y el Premio Nacional de Traducción Literaria. Su novela más reciente es *El lenguaje de las orquídeas*. Es profesora de planta de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
Correo electrónico: lg212@ngu.edu



Ilustración: Alejandro Ramírez.

Durante los últimos meses de 2001 mis viajes de regreso a mi casa cambiaron, pues en un trecho del camino el subway se convertía en un tren elevado. Siempre se habían visto desde ahí la Estatua de la Libertad y las Torres Gemelas, pero ahora la vida dentro del vagón se suspendía y todos los pasajeros, sin ponerse de acuerdo, casi sin darse cuenta, guardaban silencio para mirar el hueco dejado por las torres.

El once de septiembre muchos habían repetido como sonámbulos que ya nunca van a despertar del todo: *It was like in the movies*. Nadie jamás había visto algo tan espectacular: la columna de humo que oscureció el cielo a mediodía, el colapso de las torres, las ruinas humeantes. Quizá los habitantes de May Lai o de Hiroshima o de Berlín no hubieran usado la misma metáfora, pues sus nociones de la realidad serían algo más sangrientas. Pero para los neoyorkinos era la primera experiencia directa de un desastre, de una masacre y de una derrota. Lo que no era como en el cine era la obligación de saber que mucha gente había saltado al vacío sin ningún truco de cámara que la rescatara. La foto que mostraba una mano arrancada y no iba seguida de una secuencia para mostrar a la mano moviéndose siniestramente en busca de su cuerpo. El hueco de las torres seguía ahí por más que las luces se apagaran y se prendieran una y otra vez, todos los días.

En esas primeras semanas casi nadie era capaz de proponerse una novela o una película sobre el tema. Parecía obsceno pensar en tramas y encuadres y actuaciones en una ciudad que olía a muerto. Con el tiempo hubo una exposición de fotografías, testimonios. Los relatos y las películas llegaron después, cuando cada quien tuvo los necesarios meses para reconstruirse, es decir, para aferrar un trozo de esa realidad excesiva y trabajarlo. Pero en los primeros

días el vacío dejado por las torres era una metáfora de otro: el vacío conceptual y emocional de esa ciudad que en una vieja película presumió de no dormir nunca y ahora se tambaleaba entre restaurantes y bares vacíos, negocios en quiebra, tan incapaz de volver a la normalidad como el subway, que ahora pasaba de largo en las estaciones localizadas bajo la zona cero, en despavorido tributo a los muertos.

Ya desde el once de septiembre se elevaron voces furiosas que exigían que continuara el show cuanto antes, esta vez con escenas bélicas en Afganistán. Más efectos especiales como deben ser, en algún remoto país del Medio Oriente, con esa gente que queda tan bien como background en las escenas de campos de refugiados. Las películas que our boys saben protagonizar como nadie en el mundo. Los alegatos, los libretos y las emociones mecánicas de siempre como recursos desesperados para negar que el once de septiembre sí sucedió y sí dio al traste con el escenario. Se lo transformó velozmente en imágenes repetidas hasta la náusea para congelarlo en secuencias espectaculares y evitar que algunos rasgos de esta realidad insoportable llegaran a la conciencia. Es verdad, acabamos de verlo: our boys y our girls y todos nosotros podemos ser derrotados y destazados, somos tan humanos como las víctimas de un bombardeo con napalm o los sobrevivientes de un tsunami. Ni siquiera más fotogénicos.

No sé en qué desoladora película de algún director como Shohei Imamura se podría contar la historia de quienes recurrieron a los trucos del cine más vulgar para salvar la emergencia y tras destruir ciudades y negar cifras sobre la mortandad y precipitar desastres económicos tuvieron que comprobar que los derrotados eran ellos y, efectivamente, el once de septiembre fue el principio del fin del imperio norteamericano. Algunas veces los cineastas gustan de contar las historias de gente sin importancia. Más perturbador es el relato de una sociedad que prefirió escuchar las voces más crasas e ilusas que resonaron en los altavoces en vez de prestar oído a las más sutiles voces de su interior, que susurraban intuiciones como la igualdad ante la muerte o la necesidad de la compasión. 

Ilustración: Alejandro Ramírez.

